

UNA CRÓNICA DE LA REPÚBLICA DE LAS LETRAS. LA NÁPOLES LITERARIA EN EL EPISTOLARIO VIQUIANO

Sertório de Amorim e Silva Neto
Universidad Federal de Uberlandia

RESUMEN: El artículo indaga en el desarrollo de una crónica en el epistolario viquiano. En los mensajes intercambiados con los intelectuales y autoridades de la época, Vico aprovecha el relato de su propia vida como profesor y literato como oportunidad para examinar la situación de la clase intelectual en Nápoles a principios del siglo XVIII. Una vez expuestas, a la luz de las cartas, las causas externas e internas de la ruina de la República de las Letras, relacionadas con la negligencia de los monarcas y el mal uso de la erudición, el artículo detalla dos acontecimientos vinculados a la introducción de la modernidad en Nápoles, ilustrando, con ejemplos, la dinámica disfuncional de las disputas académicas en esa ciudad que amenazaban con corroer desde dentro la convivencia de los *literatos*.

PALABRAS CLAVE: Giambattista Vico, Epístolas, República de las Letras, Nápoles, modernidad, Sertório de Amorim e Silva Neto.

ABSTRACT: The article investigates the chronicle that unfolds in Vico's epistolary writings. In the messages exchanged with the intellectuals and authorities of the time, Vico makes the account of his life as a teacher and man of letters the occasion to examine the conjuncture of the intellectual class in Naples at the beginning of the 18th century. After exposing, in the light of the epistles, both the external and internal causes of the ruin of the Republic of Letters, related to the negligence of the monarchs and the misuse of erudition, the article details two events linked to the introduction of modernity in Naples, illustrating, with examples, the dysfunctional dynamics of erudite disputes in that city that threatened to corrode from within the conviviality of the *Writers*.

KEYWORDS: Giambattista Vico, Epistles, Republic of Letters, Naples, modernity, Sertório de Amorim e Silva Neto.

Recibido: 14/07/2023. Aceptado: 13/11/2023.

© *Cuadernos sobre Vico* 37 (2023)

[99]

Sevilla (España, UE). ISSN 1130-7498 e-ISSN 2697-0732

© Sertório de Amorim e Silva Neto – D.O.I. <http://dx.doi.org/10.12795/Vico.2023.i37.06>

© de la traducción: Marco Carmello & Alfonso Zúñica García.

Entre los distintos estratos temáticos del epistolario de Vico¹, destaca el comentario a la República de las Letras, especialmente la de Nápoles. En su respuesta de 1726 al padre Vitry, que le pedía noticias sobre el estado actual de la «buena literatura»² en el Reino de Sicilia con el objetivo de transmitir las a los jesuitas de París ocupados con el *Journal de Trévoux*, Vico expone una situación desconsoladora, «poco alentadora para los avances de la Literatura»³. Atendiendo a lo que acontecía en Nápoles, Vico pronostica una situación de ruina y decadencia institucional:

Desde esta ciudad puedo darle esta noticia, que por sabios aquí vivimos persuadidos de que, si la Divina Providencia, por uno de sus infinitos caminos [...] si no se la revitaliza y fomenta, la República de las Letras estará ya cerca de su fin⁴.

Comprender las causas de este hecho, que lo afectaba de lleno, es un tema recurrente en la correspondencia de Vico con los intelectuales y autoridades de la época. Las cartas personales que les enviaba, en las que se presentaba como un profesor y literato envuelto en las buenas y las malas consecuencias de la crisis de la conciencia europea⁵, fueron la ocasión para analizar con sus destinatarios la situación de la clase intelectual en la Nápoles del comienzo del siglo XVIII. Además de la falta de un adecuado estímulo externo, dado que estos estudios ya no gozaban de la protección de soberanos, que parecían no encontrar ninguna ventaja en promoverlos, ni siquiera para su propia gloria, en la ciudad de Vico la corrosión de la cultura literaria parecía implicar también importantes “causas internas” debido al mal uso de las Letras.

1. EL «POBRE HOMBRE DE LETRAS»

En su respuesta, Vico sugiere a Vitry que la descomunal envergadura de la Guerra de Sucesión Española, menor tan solo a la segunda guerra púnica contada por Livio⁶, tuvo mucho que ver con esta peculiar negligencia por parte de

1. VICO, *Epistole, con aggiunte le epistole dei suoi corrispondenti*, a cargo de M. Sanna, Morano, Nápoles 1992. De aquí en adelante lo citaremos como *Epist.* Para las cartas editadas sin fecha, recojo la fecha indicada por la editora en el *Index epistolarum*.

2. *Epist.*, carta a Edouard de Vitry, 5 de enero de 1726, p. 130.

3. *Epist.*, carta a Edouard de Vitry, 20 de enero de 1726, p. 133.

4. *Ibid.*, p. 131.

5. Así Paul Hazard define el periodo de inestabilidad de la cultura europea entre los años 1680 y 1715 (cfr. P. HAZARD, *La crise de la conscience européenne 1680-1715*, Fayard, París, 1961).

6. *Epist.*, carta a Edouard de Vitry, 20 de enero de 1726, p. 131.

los príncipes europeos. Sin el consejo de los literatos, los príncipes son naturalmente beligerantes y poco pacíficos, contrariamente al solar ejemplo de Luis XIV, que «se hizo famoso gracias a los estudios extraordinariamente profun- dizados, como si el reino de Francia gozara de una paz duradera y de un tran- quilísimo ocio [...] a pesar de [...] las muchas guerras a las que tuvo que en- frentarse»⁷, según Vico escribió a Carlos de Borbón, rey de Nápoles y bisnieto del rey de Francia, alrededor de 1736, en la supuesta dedicatoria del manuscrito de medicina *De Aequilibrio Corporis Amantis*, que hoy resulta perdido⁸.

Hay, por lo tanto, un eje temático común con las seis primeras Oraciones que Vico leyó en ocasión de los comienzos del año académico⁹. Este eje es la utilidad de las Letras para el buen éxito de los soberanos y los reinos. A partir de esas oraciones, la primera de las cuales se remonta a 1699, Vico sostuvo que la República de las Letras, en la que él incluía a la comunidad universitaria –o sea, a los alumnos, profesores y autoridades a las que se dirigía en las Ora- ciones– no representaba un lujo, sino que era vital e indispensable para la vir- tud de los reyes y la conservación de los estados.

Correspondería a la enseñanza de las Letras la formación tanto de exper- tos para ocupar los cargos de la «administración del Estado»¹⁰, como de ge- nerales galardonados en las guerras con «la gloria de las armas» y la «dignidad de la clase militar»¹¹. Estos estudios tendrían mucho que aportar al funciona-

7. VICO, “Dedica del *De Aequilibrio Corporis Animatis*”, en ID., *Varia: il De mente Heroica e gli scritti latini minori*, a cargo de G.G. Visconti, Guida, Nápoles, p. 185.

8. Tenemos noticias de esta obra en la *Autobiografía*, donde aparece como uno de los tres libros que tendrían que componer el *De antiquissima Italorum sapientia*, del que el libro *Metafisico* fue el único publicado. Según Vico nos cuenta, él pudo conversar acerca del contenido del libro con Lucantonio Porzio, miembro ilustre de la academia científica de los *Investiganti*, ganando así la estima y la amistad de este que se podía considerar el «último filósofo de la escuela de Galileo». La *Autobiografía* de 1728 nos da noticia de que el manuscrito del *De aequilibrio corporis animantis* originariamente había sido entregado a Domenico d’Aulisio (VICO, *Autobiografía de Giambattista Vico*, trad. de Moisés González García y Josep Martínez Bisbal, Siglo Veintiuno, Madrid 1998, pp. 131-132). El editor de la edición crítica de la *Dedica* nos informa de que hay dos añadiduras en el manuscrito de la *Autobiografía* de 1731, que se conservan en la Biblioteca Nacional de Nápoles y que corresponden a un pasaje tachado en el que Vico dice haberlo donado a Francesco Carafa. Eso nos llevaría a concluir que hasta 1731, año de la dedicatoria a Carlos de Borbón, el manuscrito del *De Aequilibrio Corporis Ani- matis* se encontraba en posesión de Vico, no dejando rastro de ahí en adelante (cfr. *Nota introductoria* de G.G. VISCONTI, “Dedica del *De Aequilibrio Corporis Animatis*”, en VICO, *Varia*, cit., pp. 177-181).

9. VICO, *Le Orazioni inaugurali I-VI*, Il Mulino, Bolonia 1982 (en adelante *Orat.*).

10. *Orat I*, p. 95. [Hay ed. esp. de las O.I. por F.J. Navarro, Anthropos, Barcelona, 2002].

11. *Orat V*, p. 173.

miento interno del cuerpo político, incrementando la moderna burocracia racional, y también a sus relaciones externas, a la hora de declarar guerra a las naciones extranjeras. Volviendo a proponer el lugar común del humanismo cívico florentino, según el cual, además de las armas, los príncipes deben ser cultivados también en las Letras¹², en la quinta Oración Vico declaró que no veía ningún contraste ni oposición entre «la naturaleza de las armas y la de las letras», puesto que, por el contrario, «se armonizan muy bien»¹³.

La falta de conciencia de los monarcas acerca de la importancia de la República de los literatos –Vico se asombraba de que «no hubiera ningún soberano que pensara conservarla para la eternidad»¹⁴, a pesar de las lecciones de la guerra de sucesión–, asociada a un permanente sentimiento de descrédito, como si literatos como él no merecieran ni conseguir lo mínimo para su supervivencia y la de su familia, son el tema de las cartas que, a lo largo de su vida, Vico entregó a las autoridades superiores de la universidad.

De principio a fin, Vico se pone siempre en el lugar del «suplicante», del «pobre hombre de letras» que siempre tiene más que pedir que agradecer. En la carta de 1722 a Eugenio de Saboya, Vico nos cuenta que los «veintitrés años continuos de servicio [...] como profesor de retórica» no habían sido suficientes para sacarlo, a él y a los suyos, de una vida de pobreza. Incluso después de años dedicados a la enseñanza, todavía suplicaba para un puesto de trabajo mejor en la universidad, como la Catedra primaria matutina de Derecho¹⁵, para cuya oposición solicitó el amparo del duque. En sus cartas, Vico tiene cuidado de no parecer vanidoso, como si buscara el reconocimiento de alguna gloria personal. De hecho, prefiere suscitar en su influyente destinatario sentimientos de piedad y compasión, opción que, con el tiempo, se convertiría en el estilo de su correspondencia oficial, más tarde también dirigida a Ludwug von Harrach y Carlos de Borbón.

El aspecto patético de esta parte del epistolario llega de la vívida descripción, justo al final de las cartas y poco antes de la súplica, de una vida amarga

12. Al respecto hay que destacar la duradera influencia que ejerce en los mejores humanistas el manual de educación de PIER PAOLO VERGERIO, *De ingenuis moribus et liberalibus studiis*, según el cual la formación en las artes liberales y los libros representan un patrimonio firme para toda la vida, a pesar de las condiciones materiales dominadas por los cambios de la fortuna (cfr. N. BIGNOTTO, *Orígenes do Republicanismo moderno*, Editora UFMG, Belo Horizonte, pp. 156-158).

13. *Orat. V*, p. 173.

14. *Epist.*, carta a Edouard de Vitry, 20 de enero de 1726, p. 131.

15. *Epist.*, carta a Eugenio de Saboya, 12 de octubre de 1722, p. 103.

y llena de desgracias. Vico se presenta al virrey austriaco Harrach, a quien pedía las ventajas económicas de un «beneficio eclesiástico» o una «pensión en uno de los [...] obispados reales», describiéndose como un «infeliz [...] esclavo y vasallo, pobre, viejo, padre sin recursos de una numerosa familia, gravemente enfermo, que apenas puede ya sustentarla con tan pocos recursos», no muchos más de la remuneración que se paga a «un funcionario doméstico [*Servidor di Livrea*]»¹⁶. En los últimos años de su vida, en la carta de 1740 a Carlos de Borbón, aspirando aún a condiciones más dignas, dijo que se encontraba «en un estado que le deja completamente inhábil para vivir», a pesar de seguir temiendo la desdicha de «su pobre familia», que empeoraría mucho «si él dejara de vivir»¹⁷, y, por lo tanto, preocupado por encontrar una ayuda a tiempo para los suyos, se había decidido a rogar al rey la concesión de la odiada cátedra de toda la vida para su hijo Gennaro.

Pero la descripción de la pobreza y de una salud frágil, agravada por un trabajo tan intenso como mal pagado, choca constantemente con la narración detallada de los éxitos que enorgullecieron a la universidad, la Iglesia, su Nápoles e Italia. Los éxitos alcanzados por el pobre profesor dibujan, en estas mismas cartas, una curva ascendente, como si lo llevaran, por intervención de una fuerza providencial, a alcanzar a poco a poco la cumbre, «la gloria de la patria y, en consecuencia, de Italia», objetivo para el que había nacido, según cuenta en su autobiografía¹⁸.

Vico articula así dos estratos retóricos, cuya tensión deliberada contribuye a la formación de la idea que el filósofo tiene de los hechos memorables, como los héroes. Por un lado, él se sirve de «la adversidad» como tópica que le permite dibujar la vida del sujeto biográfico por medio de factores, accidentales o debidos a causas naturales o sociales, capaces de despertar el sentimiento de solidaridad y adhesión del público. El interés filosófico del epistolario se debe también a la presencia, ya sea por los hechos que relata o por las fórmulas utilizadas para contarlos, de una dimensión destacadamente autobiográfica¹⁹. De forma análoga a la *Autobiografía*, Vico se empeña en per-

16. *Epist.*, carta a Ludwig von Harrach, sin fecha pero 6 de abril de 1731, p. 165.

17. *Epist.*, carta dirigida a Carlos de Borbón, sin fecha pero finales de 1740, p. 204.

18. VICO, *Autobiografía...*, cit., p. 147 (de aquí en adelante citada *Autobiografía*).

19. Andrea Battistini consideraba las cartas de Vico como una especie de «apéndice autobiográfico, que no se limita a aportar informaciones, sino más bien se articula retóricamente con su autobiografía, la *Vita scritta da se medesimo*» (A. BATTISTINI, «I topoi autobiografici della *Vita* di Vico», en ID.,

suadir a sus superiores de una cierta «imagen de sí», a la que se adecúan los hechos realmente vividos. El efecto de persuasión se asigna no solo a la narración de las desgracias, sino también a la idea que ayudan a reforzar: que el sabio nace para la gloria de la patria. Ese es precisamente el modo en que Vico se presenta en su *Autobiografía*, imprimiendo a cada una de las etapas antecedentes a la publicación de la *Ciencia nueva* un sentido teleológico. Los méritos alcanzados resaltan más y se vuelven “sublimes” cuando representan la superación de grandes obstáculos. Las adversidades habrían dado a la vida de Vico el mismo perfil de la de los santos que ponen a prueba su dicha en los tormentos y el sufrimiento del martirio. La destinación del filósofo, sin embargo, no era la «beatitud celeste». Esta dimensión de las biografías cristianas llegaba laicizada a las páginas de Vico: «la verdadera meta no consiste en un fin extramundano, sino más bien en un estudio filosófico que alcance el merecido reconocimiento de los doctos»²⁰.

En favor de las súplicas para que se le beneficiara en el concurso para la cátedra antes mencionada, Vico recuerda a Eugenio de Saboya el honor que supuso para la universidad el agradecerle los descubrimientos de jurisprudencia hechos en el *Derecho universal*, honor aun mayor que haber recibido los mejores juicios «por parte de los más sabios literatos de Europa»²¹. Nueve años más tarde, en una carta de 1731 a Harrach, tras haber pasado ya treinta y tres años en la misma desprestigiada cátedra, en aquel tiempo «el más anciano de todos los otros profesores reales», Vico, en una especie de ampliación del argumento, se extiende a lo largo de páginas en la enumeración de sus méritos reconocidos «en ocasión de funciones públicas»²². Un poco más arriba, cuenta el honor que había supuesto para toda Italia, y no solo para la universidad, el corto elogio de Jean Leclerc, «príncipe de los eruditos de nuestra época», a ese libro suyo. Su lectura lo había persuadido a revisar su profunda convicción acerca de la filosofía de los italianos, sostenida «durante cincuenta años ininterrumpidos», de que «en Italia no se había escrito obras que, en términos de ingenio y erudición, pudieran compararse con las de los trasmontanos». Sin embargo, después de leer el *Derecho universal*, había cambiado de opinión,

La sapienza retorica di Giambattista Vico, Guerini e associati, Milán, 1995, pp. 53 y 56).

20. *Autobiografía*, p. 57.

21. *Epist.*, carta a Eugenio de Saboya, 12 de octubre de 1722, p. 103.

22. *Epist.*, carta a Ludwig von Harrach, sin fecha pero 6 de abril de 1731, p. 162.

llegando a convencerse de la grandeza del genio italiano y de que «no se puede esperar una obra similar de ninguno de los habitantes de las regiones frías»²³.

El hecho de que en estas cartas Vico hiciera oficial la expectativa de algún beneficio profesional, exigía que se mostrara de algún modo merecedor de los avances que pedía o que demostrara un elevado respeto por parte de gente importante por el trabajo que había presentado en el ámbito de las letras. Desde la carta a Eugenio de Saboya hasta las últimas escritas a Carlos de Borbón, su prestigio aumenta notablemente. El virrey Harrach informa de que la «*Vida del Mariscal Antonio Carafa* [...] escrita en latín» está a la altura del «honorabilísimo elogio de la *Historia inmortal*»²⁴ por parte del pontífice Clemente XI, y cita el elogioso *Ristretto* acerca de la *Ciencia nueva primera*, que envió a Francia el «famoso literato [...] *abad Antonio Conti*», donde este decía que no existe «en la lengua italiana [...] un libro con más cosas eruditas y filosóficas [...] y originales en su especie», y en el que, para el orgullo de Nápoles e Italia, los franceses puedan aprender más «de cronología, mitología, [...] moral y jurisprudencia, sobre las que trabajan mucho»²⁵.

En la carta de 1734 al rey Carlos, menciona los elogios recibidos por su «secretario de justicia, [...] ilustrísimo literato», Don Bernardo Tanucci, que había divisado en esa nueva ciencia «un sistema [...] del derecho natural de las gentes» que se plantea en principios acordes a las «verdades de nuestra religión católica», sabiendo perfilarlo aún mejor que «los tres príncipes de esta doctrina, Grocio en Holanda, Selden en Inglaterra y Pufendorf en la Alemania protestante»²⁶. El elogio respaldaba la pretensión por parte del filósofo de que lo coronaran príncipe entre estos, por el gran mérito de proponer una teoría del «derecho natural de las gentes» conforme al catolicismo de los italianos en cuanto que supone la actuación de una «providencia divina».

Al incremento numérico y cuantitativo de su prestigio como literato correspondía, en el aspecto retórico, el ahondamiento en las desgracias, cada vez más conmovedoras. La súplica a las autoridades ganaba vigor al ser contrastada con las virtudes civiles del «suplicante». De hecho, Vico tuvo éxito en la mayoría de sus pedidos, rodeando de sospecha su lacrimosa pobreza. Entre líneas, sin embargo, estas cartas oficiales documentan el fenómeno importante

23. *Ibid.*, p. 163.

24. *Ibidem.*

25. *Epist.*, carta a Ludwig von Harrach, sin fecha pero 6 de abril de 1731, p. 164.

26. *Epist.*, carta a Carlos de Borbón, sin fecha pero junio de 1734, p. 175.

de la proletarización de las letras al comienzo del siglo XVIII y de la bajada social de los trabajadores que se dedican a ellas, poderoso indicador, ya en aquella época, de la desdicha de una nación. Dejando de lado el intento pragmático de convencer a los superiores, el elemento patético nos enseña lo precaria que era la condición de los hombres de letras en Europa y cuánto empeoraba con el paso del tiempo, a pesar de su utilidad para los príncipes y la patria. El descrédito por parte del Estado y el desinterés del público para una profesión tan indispensable –algo que acabó transformando la vida de Vico en la historia de un martirio–acabaría creando, con el paso del tiempo, un terreno árido e infértil, en el que se haría imposible para la filosofía y las ciencias florecer, explicando así la ruina inminente adelantada al padre Vitry.

2. SUS «COMPETIDORES LITERATOS»

En el epistolario, y aún más en las *Oraciones inaugurales*, faltando aquellos estímulos externos que, como acabamos de ver, serían necesarios para los príncipes, Vico subraya aún más la actuación de «factores internos» a la propia comunidad de los literatos como causas de la ruina de las letras. En 1701, Vico dio una charla a este respecto en la universidad. La argumentación del profesor de retórica señala al público universitario la importancia de la ética en las relaciones. El mismo contexto justificaba el tema. Dirigiendo su discurso a los estudiantes, él cumplía con la tarea de la enseñanza que consiste en aconsejar a las próximas generaciones cómo portarse en sociedad.

El estudio de las letras es en sí virtuoso, porque contribuye al buen uso de la razón. Si se aplica sabiamente, la razón pone límites al libero albedrío y lo protege de los usos depravados a los que se presta fácilmente, formando así adolescentes «ejemplares en la templanza», adultos firmes «en una conducta de vida coherente» y «ejemplos de justicia»²⁷. Aunque afirme que las cosas funcionan exactamente así, a pesar de todo, Vico no deja de notar que hay personas a su alrededor que se sirven de los estudios literarios, «que son el aliento y el deleite de las almas», para hacer el mal, transformándolos en «un veneno peligroso y amargo»²⁸. Los mismos ciudadanos de esta República contribuían a su disgregación haciendo que se disgregara desde dentro. Vico hace referencia a menudo a esta situación ética, y se queja de que esa sea su suerte y la de su Nápoles.

27. *Orat III*, p. 125.

28. *Ibid.*, p. 127.

En las cartas podemos identificar algunos patrones de comportamiento social, algunos de los cuales –según acredita el propio autor– son responsables de su fama como literato y de la recepción de su filosofía en aquella ciudad. En una parte notable de su correspondencia se queja de las deslealtades padecidas, y algunas veces, incluso, se dirige a los interlocutores para aclarar malentendidos. Un ejemplo que ya se ha recordado fue la carta a Crescimbeni de 1710. En ella, Vico espera esclarecer personalmente el «estrépito del gran rumor que llegó hasta aquí», según el cual Vico «se habría inscrito en la nueva Arcadia del señor Gravina»²⁹. Un simple rumor lo había arrastrado al cisma que sacudió la Arcadia. De repente su nombre empezó a circular en las polémicas detrás de la disputa entre los grandes poetas italianos. En lugar de responder con la misma moneda, Vico hace una demostración de etiqueta y buenas maneras, de las que el autor de la intriga carecía, y confiesa a Crescimbeni haberse equivocado en buena fe acerca de la invitación, pensando que se trataba de otra cosa y pasando así por alto sus desacuerdos con Gravina.

Las cartas al padre Giacco, en particular, permiten identificar algunos engranajes del *ethos* propio de la «comunidad de doctos»³⁰, de la que los dos formaban parte. Entre ellos, es recurrente la conversación acerca de la «gran agitación en esta ciudad»³¹, de la que son causa los libros de Vico, a empezar por la *Sinopsis* del *Derecho universal* de 1722. Ese mismo año, Giacco escribió una carta elogiosa a Vico, dándole suficiente munición para desmontar la calumnia de algunos críticos. En su *Autobiografía*, Vico cita los «juicios negativos» dirigidos contra la *Sinopsis*, pero se niega a homenajear a sus autores nombrándolos³². Vico se niega a conceder cualquier tipo de notoriedad a esa gente. ¿Cómo sería posible no acusarlos de maledicencia, si alguien del nivel de Giacco, «ingenio sumamente divino»³³, «ornado de una santa gravedad espartana»³⁴, «hombre docto, que tiene la admiración de lo más doctos»³⁵, lo había definido, por causa de aquellas mismas páginas, un «varón sumamente benemérito de la República de los Literatos»³⁶?

29. *Epist.*, carta a Gian Mario Crescimbeni, 11 de junio 1712, p. 84.

30. *Orat III*, p. 127.

31. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 14 de julio 1720, p. 86.

32. *Autobiografía*, p. 137.

33. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 14 de julio 1720, p. 86.

34. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 27 de octubre 1721, p. 98.

35. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 14 de julio 1720, p. 87.

36. De Bernardo Maria Giacco (*Epist.*, pp. 87-88).

Vico se presenta como víctima de pasiones ajenas en el caso la *Sinopsis*, calumniada por «doctos maliciosos» que ni siquiera «están atentos [...] a la lectura de la obra»³⁷. Lo que molesta al filósofo no es la reprensión de sus errores, pues en la carta a Spinelli ya había dado prueba de sacar ventaja de ello³⁸, sino más bien el hecho de no ser juzgado «con el raciocinio y argumentos concretos», siendo solo objeto de «ofensas ultrajantes»³⁹ y «odios mortales»⁴⁰. Con aquel pequeño texto Vico habría tenido que conocer la cólera de los falsos sabios que emplean la divergencia de opinión para alimentar el odio hacia las personas: «las primeras voces que oí en contra de mí en Nápoles» – confía al sacerdote– «en el fondo esconden una voluntad cruel de oprimirme»⁴¹. Los frecuentes juicios positivos del padre Giacco le daban siempre algún consuelo; los que se dirigen al *De constantia*, libro acerca del cual «los ingenios pequeños [...] tenían dudas y [...] estaban muy seguros de que fracasaría»⁴², había traído al filósofo alivio, como si cicatrizaran los «mordiscos rabiosos por medio de los que hiere la ignorancia maliciosa»⁴³.

Las cartas a Giacco son ejemplos de retórica y las imágenes que Vico emplea en ellas son riquísimas. Las comparaciones empleadas para explicar la manera de portarse de los detractores, dando a su inmoralidad el necesario énfasis, los presentan como fieras, personas de las que no se espera el más mínimo sentido común, ni quizás la amabilidad que estrecha lazos y acomuna

37. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 12 de octubre 1720, p. 89.

38. Vico acogió muy favorablemente las correcciones que Spinelli hizo a su *Ciencia nueva*. De acuerdo con sus indicaciones, Vico había cometido por lo menos dos errores que se podrían incluso considerar graves desde el punto de vista de la erudición. El primero consiste en una confusión de los hechos que lo llevaron a pensar que «Briseida [...] pertenecía a Agamenón y Criseida, a Aquiles, y que el primero había ordenado devolver Criseida a Crises [...] y que el segundo no quiso obedecer; mientras que Homero cuenta el hecho al revés». El segundo consiste en la confusión entre Manlio Capitolino, «que protegió la fortaleza del Capitolio de los Galos» con el otro que vino después, «apodado Torcuato, que hizo decapitar a su hijo». Vico, como leemos, agradece estas correcciones de Spinelli y admite sus errores, teniendo seguramente en cuenta la ética con la que le fueron dirigidos: 1) venían precedidas de «juicios positivos» hacia la obra, y del reconocimiento de sus méritos, y 2) fueron considerados como «fallos de la memoria» del filósofo «que no perjudicaban en nada el propósito de los asuntos tratados» (*Epist.*, carta a Francesco Spinelli, sin fecha pero 1730, pp. 160-161).

39. *Orat III*, p. 131.

40. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 12 de octubre 1720, p. 89.

41. *Ibidem*.

42. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 9 de septiembre 1721, p. 94.

43. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 27 de octubre 1721, p. 100.

a los humanos. A lo largo de las cartas, los reproches que va recibiendo sobre la *Sinopsis* son comparados a «mordiscos rabiosos», «golpes llenos de veneno», «guerra»⁴⁴, y sus detractores con aquellos que «pasan las noches pudriéndose con Venus y con el vino, [...] que son agitados por malos pensamientos, [...] perezosos, que, escondiéndose en la sombra de su propia negligencia, roban el merecido honor de los hombres valientes y se atreven [...] a destruir la buena fama de los otros»⁴⁵.

En el resentimiento de los críticos, Vico ve un principio de degradación social, confirmando la idea de una corrupción de la República. Podemos decir que en estas cartas se diagnostica la «barbarie de la reflexión». La incivilidad de los modales arrastraba a la comunidad de las Letras hasta el estado de la naturaleza feroz, *ex legis*, de humanos sin la más mínima solidaridad, o sea de «bestias feroces en una suma soledad de ánimo y voluntad», tal como se lee la *Ciencia nueva* de 1744⁴⁶. Hablando con Giacco de la Nápoles desierta a la que le había entregado su *Ciencia nueva primera*⁴⁷, Vico podía estar pensando un vacío de civilización de este tipo. El silencio de sus conciudadanos –tanto los de Nápoles como los de la República de las Letras– acerca del libro, incluso por parte de aquellos a los que él mismo había entregado personalmente una copia del libro, lo aislaba de manera clara, y contribuya así a que él se retirara de la vida social, hasta el punto de persuadirse a no salir de casa para evitar la necesidad de «tropezar en ellos»⁴⁸.

La pasión y no el sentido común era lo que hablaba alto en estas disputas, «la tiniebla de [...] la pasión de la envidia»⁴⁹. Ya desde hace dos décadas, por lo menos, en 1701, Vico reprochaba esta manera de portarse, estando convencido de que es dañina para la vida en común. En la tercera oración inaugural, Vico esboza un grupo de «modelos ideales» a partir de los cuales sería posible definir las acciones viciosas de los literatos, muchas de las cuales puede fácilmente identificarse en la historia reciente de su ciudad natal. Después de haber citado el compromiso tácito según el cual «un asociado tiene que poner a disposición de la comunidad [...] su actividad», el orador critica ese tipo de

44. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 25 de octubre 1725, p. 114.

45. *Ibidem.*

46. *SN44*, § 1106.

47. «En esta ciudad donde considero haberla entregado [la *Ciencia nueva* de 1725] al desierto», dijo a Giacco (*Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 25 de octubre 1725, p. 113).

48. *Ibidem.*

49. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 25 de octubre 1725, p. 114.

persona que «no aporta nada de suyo a este patrimonio común» y, cosa aún peor, desaprueba, perjudicando a la sociedad, «lo que en ella hay de *original*», y «con diente maligno desgarrar y despedaza la obra de otros»⁵⁰.

En la carta a Lorenzo Corsini, que acompañaba la entrega de la *Ciencia nueva primera*, Vico se presentaba como uno más de los «*ejemplos infelices de los ingenios que habían intentado nuevos y grandes descubrimientos*»⁵¹. Lo que él mismo había padecido en sus propias carnes y de lo que se había quejado mucho en las cartas a Giacco, correspondía a algo que, ya en aquel tiempo, representaba una constante de la cultura napolitana, o sea, agredir con rumores maliciosos y sin fundamento «a hombres de altísimo entendimiento y erudición totalmente propia [...] que no buscan otra cosa sino proporcionar a la República de las Letras obras inmortales»⁵² y que daban al público obras llenas de «*novedades totalmente discordes con sus opiniones preconcebidas*»⁵³.

En el segundo libro de su *Recherche*, Malebranche analiza los orígenes de esta malvada costumbre de los literatos. Discutiendo «las razones por las que se prefiere seguir a la autoridad [...] en lugar de emplear el espíritu propio», él recuerda que por en que atañe a las cosas de fe, por ejemplo, que se basan en la «tradición» y la «antigüedad» de los argumentos, «novedad» y «verdad» no encuentran un acuerdo fácil.

Lutero, Calvino, y otros habían innovado, y se equivocaron, así que Galileo, Harvey y Descartes se equivocan en lo novedoso que dicen. La doctrina de la impanación de Lutero es nueva y falsa y, por lo tanto, la circulación de Harvey es falsa porque es nueva⁵⁴.

Malebranche cree que las personas están acostumbradas a admitir las cosas antiguas y considerarlas más sabias y claras por el mero hecho de estar lejos de ellas, y, además, tienen la costumbre de rechazar lo que es nuevo, como si esto pudiera confundirlos por estar ellas demasiado cerca. Es nuestra mayor o menor distancia de las cosas que nos persuade a creer en la superioridad de los antiguos. Por tanto, como se confunde la verdad con lo antiguo, a primera vista “innovar” parece ser lo mismo que equivocarse⁵⁵.

50. *Orat. III*, p. 129; cursiva mía .

51. *Epist.*, carta a Lorenzo Corsini, 15 de diciembre 1725, p. 120; cursiva mía.

52. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 25 de octubre 1725, p. 114.

53. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 12 de octubre 1720, p. 89; cursiva mía.

54. N. MALEBRANCHE, *De la recherche de la vérité*, texto crítico, presentado y anotado por G. Rodis-Lewis, Gallimard, París, 1979, pp. 212-213.

55. *Ibid.*, p. 213.

3. EL «POETASTRO DE LA NATURALEZA»

Presentando este estado de cosas en la Oración de 1701, Vico hacía referencia a una polémica más antigua, en la que no había participado directamente, y que se refería a la recepción de obras que contenía novedades en la ciudad de Nápoles. Él afirma que el mismo Descartes había sido víctima de esta crítica carente de *honestidad* y que nada aporta al patrimonio común de las Letras, rozando la pura maledicencia. Vico recuerda Descartes llegó a ser llamado injustamente por ciertos literatos «poetastro de la naturaleza [*naturee poëtas-trum*]»⁵⁶. Efectivamente el periodo en que Vico dijo pronunció estas palabras coincidía, en Nápoles, con la decadencia de los *Investiganti*, parcialmente provocada por la dura polémica del padre jesuita De Benedictis contra las novedades que llegaban desde el otro lado de los Alpes siendo bien acogidas en el sur de Italia por el grupo de los intelectuales en torno a Tommaso Cornelio.

La suposición de que Descartes había sido una especie de «poetastro de la naturaleza», para quien la física era como una «fabula del mundo», ejerció cierta influencia en los jesuitas, como aclaran las cartas del padre De Benedictis, publicadas bajo el seudónimo de Aletino. En la tercera carta escrita «contra Descartes, creído superior a Aristóteles» y dirigida a Leonardo de Capua⁵⁷, uno de los fundadores, en 1663, de la *Accademia degli Investiganti*, la principal alegación contra Descartes era el haber inventado por medio de su ciencia un mundo diferente al natural y sumamente ficticio.

Esta crítica dejó patente la admiración del censor hacía el francés y también jesuita, Gabriel Daniel, autor de un *Voyage du monde de Descartes* (1690), que el propio De Benedictis tradujo al italiano por primera vez⁵⁸. Probablemente haciendo referencia a Daniel De Benedictis dijo que «el discurso [...] más común que circula entre sus compatriotas [...] glorifica el pensamiento de aquel que por primera vez lo [a Descartes] llamó otro Colón». Gabriel parecía haber entendido mejor que cualquier otro el espíritu de la ciencia de cartesiana. La comparación con Colón, que choca con la buena regla de conducta de los literatos, es satírica, puesto que este había descubierto a los

56. *Orat. III*, p. 129.

57. B. ALETINO, «Lettera Terza Apologetica: Contra il Cartesio creduto da più Aristotele. Al Signor Linardo di Capoa», en ID., *Lettere Apologetiche in difesa della Teologia Scolastica, e della Filosofia Peripatetica*, Giacomo Raillard, Nápoles, 1694.

58. G. DANIEL, *Viaggio per lo mondo di Cartesio, con seco la sua continuazione*, Giovan Battista Franchelli, Génova, 1703.

Europeos nuevas partes de la naturaleza, dando a conocer «nuevos mundos», mientras que el otro, que quizás gozaba de una fama aún mayor entre los cultores de la modernidad, se distinguía por la representación fantástica del mundo físico y por imaginar un mundo irreal. «Renato parece haber ideado un mundo a partir de sí mismo y haberlo construido todo desde el principio [*di pianta*]», a empezar desde cero, delatándose como «un descubridor no solo de nuevas tierras y mares», a la manera de Colón, sino también «de nuevas estrellas y nuevos cielos, tan admirables como los primeros», comportándose más a la manera de un «Creador»⁵⁹. Del mismo modo, Huygens, en una carta a Bayle, había empleado el término «novela» para referirse a la física de Descartes, acusándola de ser «pura invención, fruto de la *fantasía*, más que de un ponderado análisis científico»⁶⁰.

Las contestaciones que llegaron a continuación en defensa de Descartes y Capua, originadas en el mismo ambiente napolitano, perfilan bien la dialéctica que hay detrás de la recepción de las ideas de los *novatores*. En su *Risposta alla terza lettera*, Grimaldi⁶¹ argumenta para demostrar la rectificación de las interpretaciones de De Benedictis, que a menudo llegaban a conclusiones ciertas acerca de la filosofía natural de Descartes, que gustaron mucho a la intelectualidad napolitana. El error del jesuita había sido confundir la «novedad» con la violación de la «tradicición» y, por tanto, con el error y la irracionalidad, tal como había sugerido Malebranche. De hecho, él nunca había tenido la intención de «manifestar el mérito de Renato y su doctrina», sino más bien la de «transformarlo en algo ridículo [*ridevole*]». El padre actuaba de manera idéntica a ese «tipo ideal» esbozado por Vico en su Oración, y habría podido incluso inspirarlo muy pertinentemente, o sea calumniando precisamente lo que representaba un «avance» en las obras de los otros, profiriendo maledicciones según las cuales los progresos hechos por los filósofos, por el mero hecho de ser novedades, serían incluso falsos. Grimaldi le reprocha justo esta mala fe, puesto que «el infeliz Apologista no se da cuenta de que esta burla suya», la de llamar a Descartes poetaastro, «se vuelve, a pesar suyo, en

59. ALETINO, *op. cit.*, p. 118.

60. G. DE LIGUORI, *L'Atteo smascherato: immagini dell'ateismo e del materialismo nell'apologetica cattolica da Cartesio a Kant*, Le Monnier, Florencia, 2009, p. 48.

61. C. GRIMALDI, *Risposta alla Terza Lettera Apologetica contra il Cartesio creduto da più d'Aristotele di Benedetto Aletino. Opera in cui dimostransi quanto salda e pia sia la filosofia di Renato delle Carte; e perché questo si debba stimare più d'Aristotele*, Sebastiano Hecht, Colonia, 1703.

gloria de aquel valiente hombre». De Benedictis ve problemas allí donde los *novatores* ven soluciones. Grimaldi, al contrario, piensa que es

cosa digna de ingenio excepcionalmente singular y grande saber idear principios puros; los cuales, como si fueran imaginarios, son tan coherentes entre sí e están tan implicados con sus consecuencias que, consecuentemente, pueden, con gran claridad, explicar y dar razón de todos los fenómenos que acontecen en este gran Universo, tanto los ordinarios, como los extraordinarios⁶².

El hecho de que la física cartesiana no fuera más allá de una ficción de la mente, algo en lo que De Benedictis contaba con el acuerdo del mismo Grimaldi, exigía de partida que se abandonara el concepto clásico de verdad tal y como lo definió San Tomás, o sea como «adecuación entre el intelecto y las cosas, [...] donde las cosas representan la regla y la medida del entendimiento»⁶³. Para el científico, el caso de la física parecía demostrar especialmente la no adecuación entre las cosas que nos afectan desde fuera y la percepción que la mente tiene de ellas. Desde el punto de vista de la «cosa pensante», es el espíritu (el “ingenio”) el que es la causa de las cosas en la idea, o podría serlo, relacionándose con ellas como su regla y medida, posibilidad ya considerada por Tomás, pero tan solo en el caso de Dios, artífice máximo⁶⁴, y jamás en relación con el ser humano.

Hay toda una bibliografía que considera que esa fue la perspectiva a través de la cual el pensamiento de Descartes fue recibido por los primeros *Investiganti*. La principal característica de esta recepción ha sido la de buscar el método correcto para filosofar no en el *Discurso* cartesiano, donde se esperaría encontrarlo, sino en la *Dióptrica*⁶⁵, intentando inspirarse no en la exactitud de los “geómetras”, sino en el método hipotético-deductivo de los “astrónomos”, que, como leemos en los *Progymnasmata* de Cornelio, «a partir de diferentes hipótesis entre ellas absolutamente *divergentes* suelen alcanzar el conocimiento de la estructura del cielo y del curso de las estrellas»⁶⁶. Fue afron-

62. *Ibid.*, p. 27.

63. T. DE AQUINO, «Cuestión 21: sobre la justicia y misericordia de Dios», en ID., *Suma de Teología*, presentación de D. Byrne, Biblioteca de autores cristianos, Madrid, 2001, p. 165.

64. *Ibidem*.

65. E. LOJACONO, *Immagine di René Descartes nella cultura napoletana dal 1644 al 1755*, Conte editore, Lecce, 2003.

66. CORNELIO, en LOJACONO, *op. cit.*, p. 29.

tando a Descartes como «poeta de la naturaleza» que la generación de Cornelio y Capua introdujo en la cultura científica meridional el empleo de las hipótesis físicas. Estamos acostumbrados a oír que las obras del pensador francés llegaron a Nápoles gracias a Cornelio, que las había traído de los viajes eruditos que había hecho a lo largo de Italia en los años cuarenta del siglo XVII. Para una entera generación de intelectuales napolitanos, convencida del declino del aristotelismo, lo que Cornelio traía en sus maletas, más que un sistema de pensamiento era una nueva imagen del mundo material, formada por figuras en movimiento, una renovada concepción de la naturaleza, apta no solo para acabar con los ya anticuados peripatéticos, sino también, en mejores condiciones, para guiar la ciencia en la resolución de los persistentes problemas concretos de Parténope⁶⁷.

De Benedictis entiende bien lo que hay de nuevo y revolucionario en el cartesianismo. El problema es que para él nunca se trató de ver si aquellas ideas eran correctas o no, tan solo buscaba disfrazar sus méritos con la máscara del error y la impiedad. Por lo tanto, la de De Benedictis parecía una de aquellas «voces [...] travestidas con una piedad simulada, que en el fondo esconden una voluntad cruel de opresión»⁶⁸, que enseguida se iban a escuchar en la ciudad en relación con la *Sinopsis* viquiana, como leemos en la correspondencia con Giacco. Censurar a Descartes por «inventar la propia» física no era nada más que uno de los «infelices esfuerzos del Alentino», un esfuerzo infeliz porque, de hecho, no disminuía ni aumentaba de una coma las premisas o las conclusiones del filósofo, a pesar de afectar mucho a su credibilidad en la comunidad. De Benedictis había acusado a Leonardo di Capua de pirronismo, intentando así perjudicarlo. De igual manera, «declarando que él era [...] un apéndice de Epicuro», no quiso hacer otra cosa más que «atentar contra el honor y la piedad de Descartes»⁶⁹. Causando consecuencias duraderas, este tipo de literatos vulneraba la buena fama de los autores y desaconsejaba estudiarlos seriamente a un público cada vez más acostumbrado a las facilidades, como la de aprender filosofía rápidamente empleando “Manuales” y “Compendios”.

Llama la atención la repetición de la metáfora de la «bestia» insociable – muy presente en la correspondencia de Vico, como hemos visto– en estas

67. Cfr. P. GIRARD, «Comme des Lumières jamais vues». *Matérialisme et radicalité politique dans les premières Lumières à Naples (1647-1744)*, Honoré Champion, París, 2016.

68. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 27 de octubre 1721, p. 98.

69. GRIMALDI, *op. cit.*, p. 98.

páginas de Grimaldi. En efecto, él definió al crítico jesuita como una fiera salvaje, aún peor que las «víboras venenosas», puesto que estas «cesan de ser venenosas y mortíferas después de haber consumido el veneno con otros mordiscos, aunque no se hayan librado de la rabia». De Benedictis, al revés, se parecería más a un «mastín rabioso, [...] cuyos mordiscos son tanto más dañinos, cuantas más veces muerde»⁷⁰.

4. CIERTAS «DEBILIDADES Y ERRORES DE ENTONCES»

En Nápoles, la República de la Letras se corrompía por la dificultad del entorno en dar la bienvenida a los *novatores*, atacados por su impiedad, ateísmo, malas costumbres etc. La biografía de Nicolini⁷¹ nos presenta a un Vico atento a la introducción de la modernidad en Nápoles, aún más de lo que induce a creer el relato de la *Autobiografía*⁷². Puesto que todavía era muy joven en la época de su muerte, Nicolini ve difícil que Vico hubiera conocido personalmente a Cornelio, y además duda que frecuentara la casa de Leonardo di Capua⁷³. En esto Vico parecía imitar a Descartes fingiendo una historia «para destacar solamente su filosofía [...] y rebajar todos los otros estudios»⁷⁴, en particular aquellos que desde la juventud lo ponían en relación con ciertos

70. *Ibidem*.

71. F. NICOLINI, *La giovinezza di Giambattista Vico*, G. Laterza & Figli, Bari, 1932.

72. Paolo Rossi nota que la insistencia de Vico en hablar en la *Autobiografía* de su autodidactismo, la descripción de los años de en Vatolla, aislado y encerrado en las letras, lejano de las sectas y modas filosóficas de Nápoles, el hecho de sentirse como un extranjero cuando regresa, el absoluto silencio acerca del poema lucreciano de su juventud, todo ello unido a la insistencia en interpretar en clave platónica todas sus experiencias intelectuales «permite afirmar sin alguna duda [...] que Vico, en aquel escrito, desplazaba atrás en el tiempo juicios, posiciones y evaluaciones propios de la edad madura, atribuyéndolos a la juventud» (P. ROSSI, *Le sterminate antichità. Studi vichiani*, Nistri-Lischi, Pisa, 1969, p. 16).

73. En el comentario que entregó a Gentile acerca del primer capítulo de sus *Studi vichiani*, Nicolini fue directo en la indicación de las evidencias del capuismo literario de Vico. El comentario de Nicolini ha sido publicado en la nota que cierra el capítulo. En relación a Capua, Nicolini dijo: «Puedo afirmar con seguridad que en su juventud Vico fue un 'capuista' ferviente [...] a) la prosa juvenil de Vico (periodo, construcción, terminología y estructura de la oración) se modela precisamente a partir de aquella de Leonardo di Capua; b) hasta el 1715-17 Vico es tan capuista (al menos literariamente) que modeló su *Vita di Antonio Carafa* sobre el ejemplo de la *Vita di Andrea Catelmeo* de Di Capua» (G. GENTILE, *Studi vichiani*, Sansoni, Florencia, 1968, pp. 92-99).

74. *Autobiografía*, p. 113.

grupos y escuelas de pensamiento, como la de Capua, por ejemplo. A pesar de las justas reservas de Rossi acerca de la autobiografía, lo cierto es que incluso en la *Autobiografía* Vico admite haber leído las obras de los modernos y nos informa de su amplia difusión en la ciudad natal, donde «el elogio de un gran filósofo era: este entiende las *Meditaciones* de Renato»⁷⁵. Se puede decir que su epistolario ayuda a desenterrar y aclarar una parte relevante de lo que él pretendía «rebajar» y hacer desaparecer de la historia de su vida.

En la carta a Giacco de 1720, el autor de la *Sinopsis* reconocía tener una cierta fama en Nápoles desde su juventud y que parecía persistir durante décadas influyendo en la recepción de sus ideas. En su ciudad, explica a Giacco, todos lo conocían «desde que [...] era muy joven» y se acordaban de él por causa de algunas «debilidades y errores de un tiempo». En tono de confesión, admitía que estas faltas eran del tipo que «con mayor severidad percibimos en los otros», y por eso «con mayor fuerza se quedan fijados en nuestra memoria», convirtiéndose en «criterios para juzgar todo lo bueno y acabado que otros puedan hacer»⁷⁶. Un breve pasaje de la *Autobiografía* ayuda a aclarar cuál era esa mala reputación. Cuando cuenta la feliz ocasión del contacto con Domenico d'Aulisio, entonces colega en la universidad, añade que el mismo Aulisio

hasta aquel momento había tenido mala opinión de Vico, no por culpa suya, sino porque había sido amigo de los literatos que habían integrado el partido de Capua en contra de d'Aulisio en una gran polémica literaria que, mucho tiempo antes, había incendiado Nápoles⁷⁷.

Es plausible que el pasaje de la carta a Giacco y el de la *Autobiografía* tengan el mismo tema o que tenga alguna conexión entre ellos.

Lo que Ausilio sabía acerca de la juventud de Vico, o sea que había formado parte del «partido de Capua», lo cual, por razones personales, le provocaba una gran antipatía hacia él, explica el recuerdo que sus conciudadanos tenían de Vico. Es muy probable que, al igual que Ausilio, muchos otros profesores y literatos de la ciudad consideraran a Vico como un partidario de Capua, quien, junto a Cornelio, había fundado la Academia científica de los *Investiganti* y había sido uno de los principales promotores de la modernidad en el sur de Italia, siendo duramente criticado por De Benedictis y defendido

75. *Ibidem*.

76. *Epist.*, carta a Bernardo Maria Giacco, 12 de octubre 1720, p. 89.

77. *Autobiografía*, p. 125.

por Grimaldi. Por lo tanto, este acontecimiento pone a Vico en relación con la historia de las ideas en Nápoles y demuestra su vinculación con la cultura probabilista y materialista que los poderes eclesiásticos acusaban de escepticismo y ateísmo.

Testimonios textuales semejantes ayudan a demostrar el aspecto estrechamente alegórico del aislamiento filosófico de Vico. En particular los dos textos que acabamos de ver lo ponen en relación, a lo largo de su juventud, con el movimiento de renovación intelectual de mediados del siglo XVII, con el que se habían comprometido literatos, filósofos, físicos y juristas entusiastas de Descartes, Gassendi y del mecanicismo de la nueva física y medicina. Este movimiento acabó con un proceso por ateísmo (1688-1697)⁷⁸, en el que, como es bien conocido, fueron involucrados dos amigos cercanos a Vico (De Cristofaro y Giannelli), en un momento no precisable a lo largo de los nueve años que Vico pasó lejos de Nápoles, en el Castillo de Vatolla. Rak incluye la amistad con los acusados en el conjunto de aquellos «errores» y «debilidades» contados en la carta a Giacco, suponiendo que así Vico confiara al fraile capuchino su relación con los ateístas procesados en Nápoles. La personalidad de Giacco y el tenor de las cartas, cuyas copias Vico insistía en hacer circular entre los más cercanos, tenían la virtud de evitar la atención de las malas compañías de la juventud para poner en evidencia la nueva obra jurídica para así promocionarse dentro de la universidad. Mencionándoselos al sacerdote, Vico buscaba una especie de absolución pública de sus pecados de juventud y un nuevo comienzo⁷⁹.

La llamada «polémica literaria» a la que Vico se refiere en la *Autobiografía* y que empezó siendo una disputa de carácter científico sobre la visión del arcoíris, iba a producir un lamentable intercambio de ofensas en forma de «sátiras muy mordaces» por parte de ambos lados de la contienda, sobrepasando de tal manera los límites del respecto que la autoridad real tuvo que intervenir para acabar con la disputa. Este caso es un ejemplo notable del *ethos* de la Nápoles de los literatos, que transforma rápidamente las divergencias científicas en ataques personales.

78. Cfr. L. OSBAT, *L'Inquisizione a Napoli. Il processo agli ateisti (1688-1697)*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1975.

79. M. RAK, «Storia di un 'avvallo' filosofico: Vico, B.M. Giacco e l'Ordine Cappuccino», *Bollettino del centro Studi Vichiani*, 3 (1973), pp. 167-169.

Según Niccolò Amenta, su biógrafo del siglo XVIII, todo empezó por una conversación privada que Capua mantuvo con sus alumnos, entre los que estaba el mismo Vico. Amenta narra que Capua,

hablando un día acerca del arcoíris [...] y de cómo esta apariencia se forma, entre otras cosas y en contra de la opinión de Aristóteles, defendió que podía tratarse de una visión entera y completa de la forma de un círculo⁸⁰.

Por tratarse de una cosa nueva y contraria a lo que se había pensado hasta aquel momento, la afirmación de Capua despertó el entusiasmo del pequeño y selecto auditorio, llegando así a los oídos de varios napolitanos y especialmente de Aulisio, conocido partidario de los antiguos y defensor del aristotelismo.

La polémica comenzó cuando Aulisio publicó un “epigrama” y, después, una “sátira”, transformando, por la agitación que habían despertado, los descubrimientos de Capua y las premisas de su novedad en un asunto menor y sin importancia. D’Andrea describió esta dinámica disfuncional de las disputas literarias de la siguiente manera: «de la maledicencia se pasaba a las acusaciones, de las acusaciones a las imposturas, y de las imposturas a las declamaciones públicas»⁸¹. Esta descripción, al menos en el caso de la polémica de Aulisio, queda confirmada por el biógrafo Amenta, que comenta

Esa fea costumbre de nuestros ciudadanos, por la que, si alguna vez alguien se gana la estima de los hombres por haber escrito alguna cosa digna de admiración, [...] dirigen contra su gloria numerosas invectivas y procuran aplastarlo y humillarlo con calumnias y sátiras deshonestas⁸².

La polémica en torno a las novedades de Capua acerca del arcoíris iba a dar a Vico un largo material para reflexionar sobre la dinámica de las letras en su Nápoles, contribuyendo al diagnóstico que hizo en sus oraciones y epístolas. Es posible que la tuviera en mente, por ejemplo, cuando, en la tercera Oración, se refiere a «mofas satíricas» y «puñaladas por la espalda»⁸³, denunciándolas como comportamientos contrarios a la buena fe que corroe las relaciones humanas y la República.

Traducción del portugués por Marco Carmello y Alfonso Zúñica García

80. N. AMENTA, *Vita di Lionardo di Capoa detto tra gli Arcadi Alcesto Cilleneo*, Venecia, 1710, p. 23.

81. F. D’ANDREA, «Apologia in difesa degli atomisti», en A. Borelli (ed.), *D’Andrea atomista. L’Apologia e gli inediti nella polemica filosofica della Napoli di fine Seicento*, Liguori, Nápoles, 1995, p. 60.

82. N. AMENTA, *op. cit.*, p. 24.

83. *Orat. III*, p. 135.